

Lugar de autor

Mujer Diccit: La voz de la mujer según Fina Warschaver

Carina González
CONICET-LICH-UNSAM
Argentina
<https://orcid.org/0000-0002-0471-679X>
cgonzalez@unsam.edu.ar

A comienzos del año 2024 fui a consultar el archivo personal de Fina Warschaver para buscar material sobre *La casa Modesa* (1949) y las vanguardias literarias. Particularmente en esa novela, su autora aborda la cuestión de la mujer desde una perspectiva existencialista que critica la opresión del sujeto femenino bajo el patriarcado. Este tema no quedó cerrado solo en un libro. Entre sus papeles encontré los borradores de una obra de teatro titulada *Mujer diccit*, un conjunto de cuatro piezas breves en las que se ocupa del complejo vínculo establecido en las relaciones amorosas. Ya antes Warschaver había denunciado la invisibilidad femenina en su relato *La Maldecida*, en el que la mujer es despojada de su cuerpo, de su voz e incluso de su nombre. Pero, como si la narración sola no alcanzara, los hilos de esa trama se desdoblan en una obra de teatro gemela que permanece aún inédita *La Maldecida o el yo resplandeciente*. Lo importante de esta obra es su carácter precursor de *Mujer diccit*, dado que Warschaver retoma varios de los

argumentos que utilizó para pensar la situación femenina en el entorno amoroso, su confinamiento al espacio doméstico y maternal, la resignación de la pasión y de la aventura, la frustración de una relación desigual. Su propia investigación le trae la idea de la polifonía. El 24 de abril de 1958 anota en su diario: “Debería escribir una serie de obras de teatro en las que tome las diversas fases del problema. No es posible hacerlo en una sola obra. Siempre hablamos del amor, pero tal vez esto sea inexacto y debamos hablar de diversos tipos de amor”. La derrota del amor en la prostitución, la insatisfacción sexual de la mujer y las distintas formas de amar, son tópicos que discuten con la represión femenina y su obligada restricción al deseo masculino. Por la multiplicación de perspectivas basadas en sus lecturas de Ibsen, Gauguin, George Sand y Kierkegaard registradas en su diario, podemos suponer que las piezas de *Mujer dicit* son el resultado de esas meditaciones.

Por otro lado, tanto *La Maldecida* como “Pas de deux” y “Si las ciudades tuviesen puertas”, fueron publicados como cuentos en *El hilo grabado* (1962) exponiendo en versión narrativa la vulnerabilidad femenina. La restitución de estos relatos a su primitiva forma teatral no solo aporta una nueva variación de los argumentos, sino que recupera su interés por la acción dramática -recordemos que su obra *Los que derrocaron a Dorrego* (1972) recibió el premio de teatro Argentores- al mismo tiempo que enfatiza su atracción por el orientalismo. Estas piezas conformadas bajo la estética del teatro No japonés señalan una inclinación que podemos rastrear desde su juventud, cuando Warschaver se acerca al budismo, hasta el significativo viaje a China en 1953, cuando toma contacto directo con la cultura oriental. La acción ritual y las máscaras de la Ópera china, el minimalismo y la concisión del teatro japonés enmarcan la acción dramática

de estas piezas breves en las que el monólogo femenino brilla. La escenografía despojada, el gesto casi imperceptible y los movimientos leves realzan el valor de la palabra que, como en el arte oriental, se convierte en una especie de canto. Ese “encantamiento” vocal encarnado en la sexualidad femenina es lo que estas obras teatrales recomponen hoy desde su archivo inédito.

Si las ciudades tuviesen puertas

Fina Warschaver¹

1. Fina Warschaver (1910-1989) escritora y traductora con una amplia obra artística que abarca novelas, libro de relatos, poemas, piezas teatrales y composiciones musicales. Interesada en las tradiciones culturales ruso judías de su familia procedente de Tatarbunar y militante activa dentro de las culturas de izquierda, fue una voz siempre rupturista dentro del campo literario argentino. Participó en movimientos feministas, en la lucha por los derechos civiles de la mujer y militó activamente en el Partido comunista. Su primera novela *El retorno de la primavera* (1946) fue acogida positivamente por la crítica, pero *La Casa modesa* (1949) desconcertó a los lectores aficionados al realismo por su innovación formal. *Los relatos de El hilo grabado* (1964) transitan el género fantástico y la ciencia ficción, que explota en su última novela *Hombre tiempo* 1973). Por su obra teatral *Los que derrocaron a Dorrego* recibió el premio Argentores. Después de su viaje a Viena por el Congreso Mundial por la Paz, visitó China y a su regreso fundó la Asociación argentina de Cultura China, organizando actividades de difusión, entre ellas, publicó la obra de Lu Shin. Muchas de sus piezas de teatro, cuentos y novelas permanecen inéditas. Su archivo personal está custodiado por su actual representante y heredera Paula Giudici.

II

Si las ciudades tuviesen puertas

Esta pieza y la siguiente *Pas de deux*, será representada con algunos elementos inspirados en el teatro NO japonés, en lo escenográfico y en la actuación de los personajes, movimientos escuetos y la dicción de un recitativo de canto. Incluso la palabra puede ser apenas entonada al final de las frases fundamentales en una tonalidad ascendente, (no descendente) y algún gesto del pie o de la mano para rubricarla. Lo fundamental de la dicción en ambas piezas es la levedad. Recordar la levedad de Madelaine Renaud.

Escenografía: Una rampa, con una cortina en un extremo, que se levantará para dar paso a los personajes y que desemboca, al final, en un cuadrilátero de cuatro vigas que puede representar indistintamente, la puerta, la casa o la ventana.

Personajes: ELLA, vestida con un kimono y medias blancas, sin zapatos.

Él, vestido con un pijama de estilo chino y medias blancas. Puede llevar una máscara. Tiene un diario en la mano.

Al levantarse la cortina de la rampa entran despacio. ÉL seguido por ELLA. ÉL se dirige al cuadrilátero y se sienta de espaldas a ELLA y empieza a leer el diario. ELLA se detiene en mitad de la rampa que puede ser una avenida o un camino de circunvalación.

ELLA: —Me venciste por aburrimiento... Me iré, me iré ahora por las puertas de la ciudad. Con la imaginación, se entiende. Pues, desgraciadamente ahora, las ciudades no tienen puertas. Al menos, en nuestro país, porque en China, por ejemplo...

... (imaginando) La ciudad está rodeada de murallas de dos metros de espesor. Unas murallas de piedras de color grisáceo, espesas y elefantiásicas como las cimas del desierto de Gobi. Y las murallas tienen puertas que hay que atravesar para salir afuera, hacia el campo. Del otro lado, siempre junto a las puertas, florece una vegetación humana de lo más variada, alfareros con pequeñas teteras y grandes vasijas diseminadas por doquier, vendedores de semillas de melón tostadas, maní y nueces. Sobre un hornillo, en un caldero, hierven albóndigas de soya; los cesteros tejen canastos de pajas de colores, esteras de bambú, chinelas, pantallas, cónicos sombreros. Hasta puede haber un camellero con un camello, que viene del desierto (Toda esta descripción puede ilustrarse con diapositivas) Los boyeros pasan con sus bueyes, las carretas levantan constantemente un polvo color durazno. Una mujer vende amuletos budistas colocados sobre una mesita; largas ristras de rosarios de cuentas de colores y borlas de seda color naranja, campanillas terminadas en el tridente ritual, onduladas serpientes de bronce, sahumerios, paquetes de sándalo e incienso. Se ve también un toldo sostenido por dos palos y debajo, un vendedor ambulante prepara paquetitos de uvas, guindas, frambuesas, semillas de loto acarameladas.

Todo esto hormiguea a los pies de la ciudad, junto a la pesada puerta. Y la ciudad se ve allá lejos, empinada sobre caminos que ascienden. Luego los caminos bajan y se pierden en la llanura. Y ello invita a irse a pie...se siente la necesidad de apisonar la tierra, recorrerla y medirla con los pies.

(Aparte, interrumpiéndose y mirando al cuadrilátero) —Si supiera que empecé a quererlo aquella noche que me hizo reír, reír...²

2. Subrayado en el original.

(Continúa el relato)... Parece que el camino no tuviera fin pero, a cierta altura, hay una encrucijada donde uno se detiene a pensar. Todo está solitario y mojado por la lluvia. A un costado la antigua tumba en ruinas del emperador Ming con herrumbre y malezas de tiempo en sus comisuras. Y en la pagoda de Sakiamuri, las figuras de los bajorrelieves permanecen desde hace diez siglos con el pie levantado y los dedos articulados como si se aprontaran a recorrer los caminos. Y también en el camino, animales de piedra se sientan y se levantan alternativamente, león, camello, caballo, elefante. En hileras, bajo la lluvia, quieren marchar con los doce generales del cielo... Oh pensativos caminantes de piedra...

(Aparte, interrumpiéndose)... La solemnidad es odiosa. Siempre estamos serios... cada uno en lo suyo. Hasta los animales de piedra viven en compañía. Hasta a las tumbas en ruinas los yuyos les murmuran cosas al oído. Solo las estatuas viven solas entonando el réquiem de su imagen... Pero yo quiero vivir, andar... andar...

(continua el relato)... las tumbas son circulares como arabescos, como laberintos, como el ying y el yang, como el no y el sí, como él y yo, como adivinanzas. A veces cerca del camino aparecen pagodas con su serie de casquetes apilados unos sobre otros. Arriba suena la montaña purpura, los techos tienen dos aleros, hay un árbol verde del invierno, y la seda está hecha de nube. Entre el polvillo amarillo de la tumba del emperador Ming tal vez quedó olvidado un pequeño disco de jade con dos argollitas encajadas una en otra, amuleto del eterno amor.

Esto ocurre allá, en China. Pero aquí aunque uno camine mucho nunca sabe cuándo salió de la ciudad, cuándo entró en el campo. Todo porque no hay puertas ni murallas. Los barrios de afuera y de adentro se confunden en una mezcolanza atroz.

Suena un golpecito seco marcando el cambio de tema. ELLA levanta el pie derecho y lo levanta flexionándolo sobre el izquierdo. Luego lo vuelve a bajar.

(Aparte interrumpiéndose) ... Es lindo franquear las puertas hacia la libertad. Pero donde no hay puerta cómo se sabe... Por más que camine no saldré de la calle Rivadavia. Y todo lo demás son calles, calles. Y yo busco caminos, encrucijadas... ¡Si supiera qué feliz fui cuando cantamos juntos bajo el puente!... Irme, jirme lejos hacia la libertad!

Suena un golpecito seco y se oye un dúo de flautas lejano.

(Siguiendo el relato)... En los caminos, afuera de la ciudad, hay cercos. En China los cercos son de bambú. Las cañas, flexibles, forman un cañamazo de imágenes

Entretejidas en su urdimbre. Y los cercos son tan calados que se ve todo del otro lado. Pero nadie se preocupa de mirar al otro lado porque está enfrascado en descifrar la historia que delinean las cañas de bambú. “Cómo saben tentar nuestra curiosidad los chinos! Y, de paso, nos cuentan tan bonitas historias esos cercos, esas empalizadas. No nos niegan nada, simplemente nos dice otras cosas. Así es, allá, en China...

ELLA levanta apenas la punta del pie derecho, lo vuelve a bajar y lentamente va recorriendo el resto de la rampa hasta el cuadrilátero.

(Siguiendo el relato)... Todo al revés que acá. Por ejemplo, si uno va al puente Saavedra, se encuentra con altas barrancas de varios metros de altura, justo, justo, a orillas de la ciudad. Y las calles están cavadas a sus plantas y, más abajo, la ciudad se extiende como un inmenso pozo. Entonces, ¿qué quiere decir? ¿Qué uno sube para salir de la ciudad? ¿En qué forma ponerle puertas? ¿Tal vez

sobre zancos? Y el camino ascendente de ninguna manera facilita la huida. Los caminos deben descender escalonadamente, como los ríos hacia el mar. Entonces, sería fácil...

ELLA se detiene ante el cuadrilátero, vacila y luego entra.

(ÉL deja el diario, se da vuelta, y entonces la mira)— Volviste?

ELLA: (suspirando)— ¡Ah, si las ciudades tuviesen puertas... ¡

Material de Archivo

Pas de deux. Una pieza teatral de Fina Warschaver

Transcripción: Carina González

III

Pas de deux

Personajes: Él y Ella, sentados al final de la rampa, junto al cuadrilátero que representa la casa. Flota en el aire un polvillo en densas nubes espirituales. El pelo ralo de ambos les cae sobre las sienes chamuscado y sudoroso. El dúo de los dos debe inspirarse en el “Coloquio sentimental” de Debussy. Se pueden utilizar algunos compases como música de fondo.

Él:— ¡Qué largo es este silencio! ¡Pues nuestra vida es una mudez perpetua, un mutismo perpetuo!

Ella:— ¡Oh! Cuánto nos hemos amado para que una sola lágrima de nuestro amor pasado haya fundido la hiel de las estatuas.

Como ciegos, los dos tantean el vacío buscándose sin remedio. Hablan en forma queda, casi como si se asfixiaran.

Él:— Yo te di mi cuerpo.

Ella:— Y yo mi alma.

Él:— Y yo mis horas libres.

Ella:— Y yo mi tiempo encerrado.

Él:— Y yo la semilla viva.

Ella:— Y yo el fruto ardiente.

Él:— Y yo la mañana segura.

Ella:— Y yo la noche incierta.

Él:— Y yo el tronco hincado.

Ella:— Y yo la rama tendida.

Él:— Y yo la raíz de pensamientos.

Ella:— Y yo la tierra de visiones.

Él:— Y yo más.

Ella:— Y yo mucho más.

(Los dos a dúo):— Ahora callemos para siempre puesto que las palabras no sirvieron para nada.

Larga pausa. Ella mira de soslayo, siempre hacia un punto lejano.

Él inclina la cabeza hacia el suelo.

Ella:— (murmura para sí). Me vengaré. Haré cosas horribles.

Una espantosa venganza. Me negaré a comer, me dejaré morir de hambre lentamente. Y en el momento de morir, lo maldeciré. (Mira a su alrededor y la cólera se le diluye al ver que llega la primavera y oír una algazara de gorjeos junto al cuadrilátero de la ventana)

Ella: (tiernamente)— La primavera...la primavera...entonces, tal vez podamos...

Se vuelve hacia Él buscando su mirada. Él la mira con odio tapándose la cara con una máscara.

Ella:— Lo he perdido...Ahora sí...

Larga pausa. Caen las hojas de los árboles, vuelve el invierno. Siguen sentados sin mirarse ni hablarse. A veces, Él se levanta para atender el teléfono o abrir la puerta y pasa junto a Ella. A veces, Ella ve una sombra de Él cuando está parado a contraluz y la luz se parte en dos sobre el piso. Ella levanta la punta del pie derecho y lo vuelve a bajar. Eso es todo.

Ella: (suspirando)— Es muy tarde. Y ninguno de los dos quiere ceder. ¿Para qué seguir así? Voy a hacer un hatillo con mi ropa. (A

Él)— Voy a irme ahora.

Se oye un golpecillo seco marcando el sonido en el vacío. Al oírlo, Ella se estremece.

Ella: (pensativa)— ¿Es esta mi voz? ¡Hace tanto que no la oigo! Es una voz cascada. (A Él vuelve a repetir) – Voy a irme ahora. Es la despedida definitiva.

Él continua en silencio.

Ella:— Ahora puedo mirarlo antes de irme. Es que lo he decidido, ahora no le tengo miedo. (Lo mira y lanza un grito) - ¡Oh, no! ¡No! ¿Quién es el que está ahí, delante de mí? Ese anciano, lo reconozco, es como una imagen borroneada, como si la cara que conservaba en el recuerdo estuviera cubierta por un velo de polvo. Pero allá adentro, en lo más profundo de esa corteza agrietada, en el fondo, está intacto el azul de sus ojos.

Él la mira tristemente y sin hablar.

Ella: (con un grito desgarrador)— ¡No! Perdóname, ¡No me iré! ¡No me iré!

De los ojos de Él caen lentamente lágrimas silenciosas.

Ella:— Por que perdimos nuestra vida?

Ella se pasa la mano por la cara, buscándose, tanteándose, pesando su juventud perdida.

Ella: (llorando)— ¿Por qué no lo seguí? ¿Por qué no envejecí con él? El anciano se para ante ella con un gesto humilde de soledad.

Él:— ¿Por qué no hemos sabido compartir juntos nuestra vida?

III

Pas de deux

Pas de deux

PERSONAJES: ÉL y ELLA, sentados al final de la rampa, junto al cuadrilátero que representa la casa. Flota en el aire un polvillo en densas nubes espirituales. El pelo ralo de ambos les cae sobre las sienes chamuscado y sudoroso. El dío de los dos debe inspirarse en el "Coloquio sentimental", de Debussy. Se puede utilizar algunos compases como música de fondo.

ÉL.- 4. Qué largo es este silencio. Pues nuestra vida es una muerte perpetua, un mutismo perpetuo!

ELLA.-!Oh! Cuánto nos hemos amado, para que una sola lágrima de nuestro amor pasado haya fundido la hiel de las estatuas.

Como ciegos, los dos tantean el vacío buscándose sin remedio. Hablan en forma queda, casi como si se asfixiaran.

ÉL.- Yo te di mi cuerpo.

ELLA.- Y yo mi alma.

ÉL.- Y yo mis horas libres.

ELLA.- Y yo mi tiempo encerrado.

ÉL.- Y yo la semilla viva.

ELLA.- Y yo el fruto ardiente.

ÉL.- Y yo la mañana segura.

ELLA.- Y yo la noche incierta.

ÉL.- Y yo el tronco hincado.

ELLA.- Y yo la rama tendida.

ÉL.- Y yo la raíz de pensamientos.

ELLA.- Y yo la tierra de visiones.

ÉL.- Y yo más.

ELLA.- Y yo mucho más.

LOS DOS (a dío).-Ahora, callemos para siempre, puesto que las palabras no sirvieron para nada.

Larga pausa. ELLA MIRA DE soslayo, siempre hacia un punto lejano. Él inclina cabeza hacia el suelo

ELLA (murmura para sí).-Me vengaré. Haré cosas horribles. Una espantosa venganza: me negaré a comer, me dejaré morir de hambre lentamente. Y en el momento de morir, lo maldeciré. (Mira a su alrededor y la cólera

se le diluye al ver que llega la primavera y circula algazara de gorjeos
junto al cuadrilátero de la ventana)

ELLA(tiernamente).-La primavera...la primavera...Entonces, tal vez, ponemos...

Se vuelve hacia él buscando su mirada. Él la mira con odio
tapándose la cara con una máscara.

ELLA(tamblando).- Lo he perdido. Ahora mí...

Larga pausa. Caen las hojas de los árboles, vuelve el invierno. Siguen sentados sin mirarse ni hablarse. A veces él se levanta para atender el teléfono o abrir la puerta y pasa junto a ella. A veces ELLA ve una sombra de él cuando está parado a contra luz y la luz se parte en dos sobre el piso. ELLA levanta la punta del pie derecho y lo vuelve a bajar.
Eso es todo.

ELLA(suspirando).-Es muy tarde. Y ninguno de los dos quiere ceder. ¿Pero
ra qué seguir así? Voy a hacer un hatillo con mi ropa. (A él) Voy a
irme ahora.

Se oye un golpecito seco marcando el sonido en el espacio
vacío. Al oírlo, ELLA se estremece.

ELLA(pensativa).-¿Es esta mi voz? ¡Hace tanto que no la oigo! Es una
vez cascada. (A él vuelve a repetir) Voy a irme ahora. Es la despedida
definitiva.

Él continúa en silencio.

ELLA.- Ahora puedo mirarlo, antes de irme. Ya que lo he decidido, ahora
no le tengo miedo. (Lo mira y lanza un grito) ¡Oh, no! ¡No! ¡Quién
es el que está ahí, delante de mí? Ese anciano, lo reconozco, es como
una imagen borroneada, como si la cara que conservaba en el recuerdo
estuviera cubierta por un velo de polvo. Pero allá adentro, en lo más
profundo de esa corteza agrietada, en el fondo, está intacto el azul
de sus ojos!

Él la mira tristemente y sin hablar

ELLA (con un grito desgarrador).-¡No! perdonáme. ¡No me iré! ¡No me iré!
De los ojos de él caen lentamente lágrimas silenciosas

ELLA.-¿Por qué perdemos nuestra vida?

ELLA se pasa la mano por la cara buscándose, tanteándose,
pesando su juventud perdida.

El anciano se para ante ella con un gesto humilde
de soledad.

SL.- ?Por qué no hemos sabido compartir juntas nuestra vida?